

## **Confesión de parte**

Este libro es una reflexión personal sobre un largo, inusual y complejo período de la vida política ecuatoriana. No es un recuento histórico ni un texto académico sujeto al método y a la comprobación. Es, propiamente, un ensayo, en el sentido que tiene esta palabra fuera del mundo sajón, esto es, como el tratamiento libre de un tema en el que el análisis no sacrifica la opinión del autor. Por tanto, contiene posiciones personales acerca de los hechos abordados. Pero al ser enfoques que se derivan de valores, como libertad, democracia o tolerancia, buscan alejarlo de la subjetividad que tendría en caso de someterse solo a las preferencias personales. En consecuencia, me hago cargo sin reparos de los juicios de valor que contiene, en el sentido indicado y no en el de una posición militante a favor o en contra de algo o de alguien.

Varios motivos me indujeron a escribir este libro. El primero fue mi condición de testigo-participante permanente de los hechos que se iban sucediendo. Esa doble condición, de observador y de sujeto activo, se deriva de la combinación nada fácil y no siempre acertada de dos actividades que desarrollo desde hace mucho tiempo. La investigación y la docencia en el área de la ciencia política, por un lado, y la escritura semanal de una columna en un diario, por otro lado, me ponen en contacto directo con la política. Aunque en el campo académico nunca llevo al aula la política coyuntural, estoy consciente de que es imposible ignorarla, en especial en un medio atrapado en el inmediatismo. Como les ocurre a todos los politólogos de este lado del mundo, la coyuntura está siempre presente en mi actividad. Irónicamente, me gusta decir que, al contrario de lo que ocurre en la academia norteamericana, el politólogo latinoamericano es una persona que lee el periódico del día y conoce el nombre de algunos ministros del gabinete. La coyuntura nos envuelve y, antes que resistirla, conviene asumirla. Siguiendo los consejos de Wright Mills, al registrar el día a día en un ejercicio de artesanía intelectual podemos construir una manera adecuada de estar en el mundo.

Además, como cualquier persona que vivió y observó lo sucedido en Ecuador entre los años 2007 y 2017, me sorprendió que un presidente de la República fuera reelegido en dos ocasiones consecutivas y que permaneciera de forma ininterrumpida por diez años en el cargo. Al ser algo que no tenía antecedentes en la historia reciente del país, reunía todas las características para ser calificado de insólito. Aún más sorprendente fue que eso ocurriera después de que en los diez años anteriores hubiera

un promedio de un gobierno por año, incluyendo a dos juntas que ocuparon el Palacio de Gobierno en un mismo día. La inestabilidad, convertida en patrimonio nacional, hacía presagiar una vida corta para el gobierno del profesor de una universidad privada y antiguo *boy scout* que anunciaba una revolución sin contar con el apoyo de una fuerza política organizada, sin un pasado militante y sin más trayectoria pública que unos cortos meses en un ministerio. Por sí solo, esos hechos —la llegada sin trayectoria y la permanencia sin más apoyo que el carisma— eran razones suficientes para despertar el interés.

A ese motivo se unieron las características de su gestión. Su decisión de intervenir en todos los campos de la vida política y social lo configuró como un gobierno muy diferente a los que lo precedieron desde el inicio del período democrático. Todos ellos —unos más, otros menos, por supuesto— intentaron superar los límites que les ponían las normas, pero debieron ceder ante las restricciones que se derivaban del juego de fuerzas políticas. Incluso, quienes eran más reacios a ajustarse a los límites institucionales terminaron rindiéndose cuando los bloqueos políticos se hicieron insalvables. Por el contrario, desde antes de acceder al gobierno, ya en la campaña electoral, Rafael Correa se lanzó en picada no solo contra las normas que le estorbaban, sino fundamentalmente contra quienes ponían —o él consideraba que ponían— barreras para su avance. De ahí en adelante quedó claro que para él no habría términos medios. Los oponentes eran enemigos y debían recibir el trato correspondiente. Nunca escondió su posición en ese aspecto. Con esa convicción emprendió una apuesta que parecía suicida —y que, sin duda, le causó serios problemas— pero que le permitió romper el récord de permanencia de un mandatario y sobre todo imponer su voluntad. Exclusivamente la suya.

En efecto, su largo paso por el gobierno estuvo marcado por el predominio absoluto de su liderazgo individual. Aunque la historia ecuatoriana está plagada de caudillos civiles y militares, todos ellos debieron desempeñarse en ambientes bastante hostiles que pusieron límites a su crecimiento y erosionaron su éxito, en ocasiones pusieron fin a sus mandatos y en otras acabaron con sus vidas. Nada de eso ocurrió con Correa. Fue una excepción en la historia nacional del caudillismo. Si bien es cierto que en los últimos años de su gestión se debilitó el encantamiento en que mantuvo a sus votantes, no ocurrió lo mismo entre sus seguidores más cercanos, aquellos que lo hacían por razones ideológicas y políticas. Sin dudar, estos le entregaron el monopolio de la palabra y de las decisiones.

Esa conducta de los sectores más politizados despertó mi interés y me convocó a bucear en la relación establecida entre el líder y sus cuadros políticos. Es conocido que el liderazgo es una relación de ida y vuelta, siempre vertical, de orden y obediencia entre el caudillo y el grupo que le rodea y le sigue fielmente. Por ello, me sorprendía al comprobar que este grupo estaba conformado en su mayoría por antiguos militantes de la variopinta izquierda —algunos de ellos con cierta cercanía al mundo intelectual— que habían aceptado dócilmente una relación de sumisión. Ciertamente, en la historia de la izquierda había los antecedentes de la claudicación de los viejos bolcheviques ante Stalin y de los barbudos cubanos del Granma ante Castro. No dejaba de asombrarme que lo mismo pudiera ocurrir en el siglo XXI. Sobre todo, que lo hicieran esas mismas izquierdas que aún deben haber tenido fresco el dolor —en el cuerpo y en el orgullo— por las patadas que pusieron fin a sus vergonzosas colaboraciones con Abdalá Bucaram y Lucio Gutiérrez (herederas de la que recibieron de Velasco Ibarra seis décadas antes).

Además de esa relación desigual en la que hay dominación y sumisión, el tema del liderazgo me interesaba por otro motivo. En su estudio hay una zona apasionante pero brumosa, que es la de las características o las cualidades de la persona que lo posee y lo ejerce. No era mi interés entrar en el análisis psicosocial y político de Rafael Correa, porque no tengo la formación ni los instrumentos para hacerlo. De ello se ocupan la psicología aplicada y la neupolítica, que son campos en los que no me atrevo a entrar porque me resultan ajenos. Pero la observación sistemática de sus actos públicos, de sus expresiones y sobre todo de su discurso, daba pistas para intuir que la condición de líder venía también desde adentro y no solo se configuraba por la relación con sus seguidores. De muchas formas dejaba traslucir su convicción de verse a sí mismo como alguien destinado a un fin superior. En el interior de esa zona apasionante pero brumosa se podían advertir los rasgos del síndrome de *hybris*. Todo un desafío para el análisis y la interpretación.

Un hecho adicional que me motivó a escribir este libro fue el rápido derrumbe del experimento correísta. Lo que se veía como un cambio radical, que partió desde la promulgación de una nueva constitución y abarcó todos los aspectos imaginables (en especial los que se encierran en los sentimientos de las personas), se derrumbó con un hecho tan puntual como fue la alternancia en la presidencia. Lo que en los regímenes democráticos constituye un hecho ordinario y forma parte de las reglas del juego, en

este proceso se constituyó en el comienzo del fin. La decisión de su sucesor de seguir su propio camino, la “traición”, como la calificaron, puso fin a un modelo político que estaba pensado para perdurar por algunos decenios (trescientos años auguraban para la Constitución los más optimistas). Fue otro hecho que requería alguna reflexión.

Por encima de todas esas razones —y abarcándolas—, el principal motivo que me llevó a escribir este libro provino de lo que sucedía con la débil democracia ecuatoriana. Durante la campaña electoral ya me preocuparon las declaraciones y actitudes de Rafael Correa (que se sintetizaron en el *spot* publicitario del cinturón, *la correa*, como instrumento para poner orden). Con el paso del tiempo se incrementó esa deriva, cuando arremetía en contra de valores democráticos básicos, como la separación de poderes, la limpieza de las elecciones, el respeto a la oposición y, sobre todo, la vigencia de las libertades. Más que analizar cada uno de esos hechos (que en alguna medida lo hice en un capítulo del libro *Giro político y democracia en Sudamérica y Ecuador*), me interesaba reflexionar sobre la lógica que los movía. Esto me llevó hasta el *Proyecto*, ese apelativo con el que buscaban darle un contenido y una trascendencia ideológica y programática a su *Revolución Ciudadana*. Esa vista de conjunto no dejaba dudas de que había un objetivo que colisionaba con los principios democráticos.

De manera sistemática, desde múltiples frentes y en los ámbitos más diversos de la gestión pública y de la convivencia social, se fue perfeccionando ese objetivo. Fue la construcción de una *utopía*, entendida como un lugar y un destino imaginados a los que nunca se llega. Gracias al extraordinario despliegue publicitario y al infatigable discurso del líder, se fue construyendo la quimera cuyo secreto conocían solamente él y algunos integrantes del círculo más cercano. A los demás se les vendía tan solo la esperanza de un futuro algo diferente a la realidad en que vivían. Su papel era el de comparsas, debían aparecer en la escena cuando se necesitaba que las multitudes refrendaran las decisiones tomadas en la altura. La movilización, esporádica y nunca espontánea, se hacía en nombre de valores no solo antidemocráticos, sino abiertamente en contra del avance de los derechos. Se había implantado una *utopía reaccionaria*.

Para finalizar, este libro es un diálogo en dos tiempos. Uno es el tiempo de la escritura del manuscrito final, cuando ya había terminado el ciclo de los gobiernos de Rafael Correa. Es el de la visión de conjunto y de la mirada retrospectiva, esa mirada que uno hace cuando conoce el desenlace del proceso. Por tanto, es una reinterpretación

de los hechos a partir de sus resultados. El otro tiempo es el de la mirada del momento en que ocurrían esos hechos y que fui analizando en la columna que mantengo en el diario *El Universo*. Esos artículos (alrededor de quinientos en ese período) son un registro y, en muchos casos, un anticipo —equivocado o acertado— de lo que podía suceder más adelante. *Mutatis mutandis*, se podría decir que con esta última mirada seguía el libreto de la novela negra, en la que se conoce el crimen, pero el culpable solamente se descubrirá en la última página. La otra mirada es la que usualmente hace el académico, que conoce al culpable y a partir de esto busca los pormenores del crimen. Para compartir con los lectores ese diálogo entre dos tiempos y apreciar las permanencias y los cambios en mi interpretación de los hechos, decidí agrupar algunos artículos al final de cada capítulo bajo el título “Los lunes de esos tiempos”.